

Te he robado la existencia de tu padre: yo te juro consagrarte la mia. La desgracia ha clavado mi acero en su corazon: yo seré para tí, á un mismo tiempo, padre y esposo. Quédate aquí; yo voy á huir, porque la justicia no tardará en averiguar que he sido el autor de ese crimen, y me perseguirá. Espérame: yo te ofrezco que dentro de un año vendré á buscarte para enlazarnos y cumplir la promesa que acabo de hacerte.»

Como si esto no fuera bastante, prestó un solemne juramento, y le vi partir con lágrimas en los ojos, pero consolé mi desventura con la esperanza de su vuelta.

—¿Y volvió?

—¡Ah, si supiérais! Aquel miserable no solamente habia muerto á mi padre, no solamente me habia hecho desgraciada para toda la vida, sino que habia realizado un plan que sus interesadas miras le habian inspirado, y se proponia llevar á cabo algun tiempo despues de la desgraciada muerte del autor de mis dias.

La casa donde me habia llevado era de una mujer que comerciaba con el vicio.

En ella se daban cita los señores para encontrar mancebas, y aquella infame mujer tenia trato con los jóvenes más perversos de la ciudad, con el objeto de que les llevara á sus amadas, tanto para librarse de ellas despues de seducirlas, como para conseguir, por el precio que por aquella miserable accion le daban á aquella inicua mujer, el medio de sostener sus vicios.

—¡Qué horror! — exclamó Colon, — escuchando con interés y al mismo tiempo con indignacion, el relato de aquella pobre jóven.

Hubo una breve pausa.

—La jóven prosiguió despues de enjugar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Cuando me di cuenta del sitio donde estaba quise huir.

—«Es inútil que te resistas á mis deseos, — dijo la infame bruja; — has huido de la casa de tu padre en el momento en que acababa de morir asesinado.»

«Eres un cómplice de su muerte, y si sales de aquí, irás á parar á manos de la justicia, la cual, antes de hacerte pagar con tu vida la de tu padre, te sacará á la vergüenza, y serás el escarnio y el ludibrio de las gentes.»

Nada más cierto que lo que me auguraba la inicua cómplice de mi amante.

Y, sin embargo, yo estaba resuelta á morir antes que ceder á las infames proposiciones que me hacia.

Me sentí enferma, muy enferma, porque comprendí la realidad de mi posicion.

No tuve valor para atentar á mi vida, pero sí para huir de aquella horrible guarida.

Aproveché un momento oportuno, y despues de averiguar que la puerta falsa de la casa daba al campo, burlando la vigilancia de mi guardadora, me escapé de su casa y pedí auxilio á unas gitanas que se albergaban en una cueva próxima.

Estas comprendieron la infame acción de que habia sido víctima, se interesaron por mí y prometieron ayudarme á realizar mi venganza.

Ocupada con ellas en las labores del campo, no tardó en tostarse mi rostro, vesti su traje, procuré asimilarme en todo á ellas, y me atreví á ir en su compañía á la ciudad, para saber donde podría encontrar al infame seductor y tomar venganza de él.

Temeroso éste de que la justicia se apoderase de él, por haber dado muerte á mi padre, habia huido, y las gentes murmuraban que yo le habia acompañado.

—¿De modo que no pudisteis verle?

—No; era de todo punto imposible averiguar su paradero; pero necesitaba hallarle á toda costa, y cuando emprendieron unas gitanas un viaje por algunas de las poblaciones más importantes de España, les acompañé, encaminándome desde luego á la corte, que estaba en Valladolid.

Allí, una piadosa señora se compadeció de mi desgracia, comprendió que mi existencia ocultaba un poderoso secreto, y quiso protegerme.

Yo pagué sus bondades con una completa revelación de mi historia, y separándome de los gitanos, á quienes acompañaba, me ofreció un asilo ignorado en su casa.

Allí he vivido algun tiempo; allí he devorado en silencio las lágrimas ardientes de mi corazón; allí, perdonad que os lo diga, he jurado vengarme de

ese hombre que ha causado mi desventura para siempre.

—¿Y habeis sabido que estaba en Palos?

—Sí.

—¿De qué manera?

—Escuchando una conversacion en Córdoba, adonde llegué con mis protectores, un caballero sevillano pronunció los nombres de todos los que de aquella ciudad debian acompañaros en la expedicion; escuché el de mi verdugo, y disfrazándome con este traje, vine resuelta á pedir os que me lleváseis á vuestro lado, más que por otra cosa, por hallarme en su presencia, por expiarle, por aguardar el momento oportuno de hacerle sufrir todo lo que por él he padecido.

—¿Y os parece bien abrigar semejante pensamiento.

—¡Ah! soy muy desgraciada.

—La misma desgracia que sufrís debe inspiraros la piedad.

—¿Sabeis lo que es hacer creer á una mujer que se la adora, y abandonarla tan inicuamente como yo fui abandonada?

¿Sabeis lo que es recibir del hombre en quien se ha depositado toda la confianza, á quien se ha entregado todo el corazón recibir en pago el escarnio, el ludibrio?

¡Ah! no; esto no puede perdonarse nunca.

Ya veis que he tenido confianza en vos, que os he revelado mi secreto. Sed justo, ayudadme á castigar

al inicuo que ni con la vida puede pagar la ofensa que me ha hecho.

El no me reconocerá: el tiempo y las lágrimas que han sureado por mis mejillas han cambiado mi fisonomía.

—Pues bien, despues de haberos oido, —dijo Colon,—con más motivo que nunca, os niego la gracia que me pedís, y me atrevo á suplicaros que desistais de vuestro empeño.

Es cierto que sois digna de compasion, que habeis sufrido mucho, que vuestro infame seductor merece ser castigado. Confiad su castigo á la Providencia: no sois vos quien debe hacérsele sufrir. Volveos al lado de vuestros protectores y aguardad en el retiro, en la soledad, en la espiacion, porque tambien vos habeis pecado, á que se cumplan los designios de la Providencia.

—¡Es decir que no teneis piedad de mí!

—Porque me inspirais lástima os doy este consejo.

—Bien está; adios para siempre.

—¿Vais resuelta á seguir mi consejo?

—Sí; —dijo la jóven distraida,—porque llenaba toda su mente un pensamiento que acababa de concebir.

—Tened presente, —dijo Colon,—que si hiciéseis algo para vengaros, sería inútil. Ese hombre á quien perseguís, por criminal que sea, se halla hoy bajo mi amparo, bajo mi proteccion, y sabré defenderle.

—No temais, —dijo la jóven,—con una calma siniestra.

—Aún haré más por vos, —dijo Colon;—no olvidaré el secreto que me habeis revelado, y yo os juro que si ese hombre tiene algun sentimiento generoso, os pagará algun dia la deuda que ha contraido con vos.

La jóven quiso retirarse, pero Colon temeroso de que cometiese algun atentado, pidió al portero del convento que la aposentase en una de las celdas que habia siempre preparadas para los viajeros que tenían que hacer noche en el monasterio.

La jóven, sin descubrirse ante el lego portero, manifestó su gratitud á Colon, estrechando su mano, y partió.

—No le dejeis sólo, —dijo Colon al lego.

—No tenga cuidado vuestra merced. No partirá hasta que me deis orden para que le deje salir.

Y abriendo una de las celdas del piso bajo, dejó allí al viajero.

Colon se habia compadecido de aquella infeliz, y se habia propuesto llamar al dia siguiente muy temprano á don Alonso Velez de Mendoza, para saber hasta qué punto era cierta la ofensa que le habia inferido, y evocar en su alma los buenos sentimientos.

Hízolo así en efecto, y don Alonso Velez no tardó en hallarse en su presencia.

Sin decir nada á fray Juan Perez de Marchena, preguntó Colon al lego portero si habia salido el jóven del monasterio.

—Aún no; duerme en su celda, —contestó

Y Colon quedó solo en su aposento con el amante de Isabel Monteagudo, que así se llamaba la joven que disfrazada había llegado á su presencia y le había revelado tan doloroso secreto.

Capítulo XLVI

Perfidia y generosidad.

Alonso Velez de Mendoza era un hombre de treinta y cuatro á treinta y seis años, y había llamado la atención de Colon, porque era uno de los que con más entusiasmo se habían prestado á seguirle.

Como no había mucha gente de quien echar mano, al hacer el alistamiento no se habían preguntado antecedentes.

Así es que al lado de un hombre de bien iban á cruzar la inmensidad de los mares muchos que, sin aquella circunstancia, hubieran pasado su vida remando en las galeras, ó hubieran tenido que perecer de una manera afrentosa.

Sin embargo, Alonso Velez de Mendoza había parecido, desde el principio á Colon y á los Pinzo-